

## Esperanza y coronavirus. Caminar en medio de la noche

### RESUMEN

Vivimos un tiempo que posee rasgos inéditos, a causa del coronavirus. Más allá de todos los diagnósticos, urge vivir con esperanza. Es oportuno anotar las lecciones que nos ha brindado e impuesto la pandemia, haciendo una lectura creyente de la misma. Es indispensable acudir a grandes pensadores, para que nos ayuden a desarrollar una hermenéutica adecuada de la situación. Subrayamos, entre ellos, a San Agustín y a Benedicto XVI. Junto a ellos y a otras voces autorizadas admitimos que Dios está en la base y en el centro de nuestras vidas. Sólo Él alienta, despliega y eleva nuestra esperanza.

**PALABRAS CLAVE:** Diagnóstico, lecciones, San Agustín, Benedicto XVI, Dios y esperanza.

### ABSTRACT

We live in a time that has unprecedented features, because of the coronavirus. Beyond all diagnoses, it is urgent to live with hope. It is appropriate to write down the lessons that the pandemic has given us and imposed on us, making a believing reading of it. It is essential to go to great thinkers to help us develop an adequate hermeneutic of the situation. We highlight, among them, Saint Augustine and Benedict XVI. Together with them and other authorized voices we admit that God is at the base and at the center of our lives. Only He encourages, unfolds and elevates our hope.

**KEY WORDS:** Diagnosis, lessons, Saint Augustine, Benedict XVI, God and hope.

## 1. EL DIAGNÓSTICO

Hemos vivido (ya la estamos superando, poco a poco) una época inaudita. La pandemia de la Covid-19 ha supuesto un zarpazo para la humanidad, a lo largo y ancho de todo el globo terráqueo. Nadie podía ni siquiera sospechar algo así de dramático en los años precedentes. El virus ha llegado como un tsunami y ha puesto en solfa muchas de las certezas individuales y colectivas que sostenían nuestras vidas hasta hace unos meses. El “bichito” apareció, se esparció y ha puesto patas arriba planes, estilos de vida, viajes, cursos, reuniones, proyectos, encuentros...

En las semanas iniciales de la primera ola pandémica, el Papa Francisco describía atónito la situación en un momento de oración inolvidable, con estas palabras llenas de dramatismo: *“Densas tinieblas han cubierto nuestras plazas, calles y ciudades; se fueron adueñando de nuestras vidas llenando todo de un silencio que ensordece y un vacío desolador que paraliza todo a su paso: se palpita en el aire, se siente en los gestos, lo dicen las miradas. Nos encontramos asustados y perdidos. Al igual que a los discípulos del Evangelio, nos sorprendió una tormenta inesperada y furiosa. Nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos, todos necesitados de confortarnos mutuamente. En esta barca, estamos todos. Como esos discípulos, que hablan con una única voz y con angustia dicen: “perecemos” (cf. v. 38), también nosotros descubrimos que no podemos seguir cada uno por nuestra cuenta, sino sólo juntos”*<sup>1</sup>.

Unos acontecimientos han tenido que posponerse y otros, sencillamente, anularse. Ha habido mucho sufrimiento y mucha incertidumbre detrás de las mascarillas que han cubierto nuestros rostros. ¡Muchísimos –demasiados– muertos, enfermos y tocados económicamente por la pandemia! Han surgido preguntas desafiantes, generadas en medio del dolor, de la perplejidad y de la curiosidad por saber cuándo acabará esta pesadilla global. Entre ellas, no dejamos de cuestionarnos

---

1 FRANCISCO, *Momento extraordinario de oración en tiempos de pandemia / Viernes 27 de marzo de 2020*. Disponible en la web: [http://www.vatican.va/content/francesco/es/homilies/2020/documents/papa-francesco\\_20200327\\_omelia-epidemia.html](http://www.vatican.va/content/francesco/es/homilies/2020/documents/papa-francesco_20200327_omelia-epidemia.html) / Consulta: 06.11.2020.

por el origen de la pandemia. ¿Origen natural del virus –como en el caso de otras pandemias de la historia– en que el ser humano no ha sido el causante del daño? ¿Virus creado a ciencia y a (sin) conciencia en un laboratorio chino, buscando (más) beneficios económicos para el coloso asiático? ¿Fallo humano en un laboratorio, por saltarse las líneas rojas de la ética? ¿Accidente laboral en el ámbito científico, con consecuencias gigantescas y aún imprevisibles? Hay frente a nosotros demasiadas preguntas.

Jesucristo, único salvador del hombre y de los hombres, nos invita a la esperanza, en medio de este panorama inédito. Lo hizo cuando estuvo físicamente aquí en la tierra, viviendo como uno de nosotros y siendo semejante en todo a nosotros menos en el pecado. Lo sigue haciendo ahora, en esta durísima “hora” de la historia. Lo hace a través de la Iglesia, que es la portadora de su Palabra de vida y de su Salvación plena y eficaz. Los cristianos estamos llamados a ser hombres de esperanza. No podemos conformarnos con menos.

En estas páginas, un tanto misceláneas en cuanto a las fuentes y al origen de las ideas aquí vertidas, trataremos de poner en el tapete pistas que nos puedan ayudar a vivir y a “salvar el tipo” (personal y comunitario) en medio de esta locura pandémica. Escribimos estas líneas cuando en España estamos haciendo lo posible por superar la “fatiga pandémica”, tras haber estado encerrados en los límites de muchos confinamientos perimetrales, que han impedido que nos moviéramos con soltura entre provincias y comunidades autónomas. Ha habido muchas restricciones que las autoridades ordenaron para mantener a raya la propagación del virus. ¿No se habrán utilizado además, inhumana y moralmente, para otros fines menos confesables? Hemos tenido que vivir durante meses, además, en un contexto de toque de queda, que obligó a las personas a encerrarse en sus casas a las diez o las once de la noche, hasta la aurora, salvo casos excepcionales debidamente justificados. Medidas similares, unas veces más y otras veces menos estrictas, han oprimido durante bastantes semanas a buena parte de los países del mundo.

Y en medio de esta pesadilla inaudita, hemos tenido que seguir caminando. Nos ha tocado “caminar en la noche”. Los que poseemos el inmenso privilegio de estar vivos y sanos, nos hemos visto obligados

a mantener en “*stand by*” no pocos proyectos que ya debían estar realizados (en el caso del que suscribe, dirección de ejercicios espirituales, convivencias, cursos, etc...). Hemos tenido que trabajar desde casa, buceando en el ordenador y empleando medios telemáticos y de teletrabajo que antes –no pocos ciudadanos– sólo utilizábamos en ocasiones muy excepcionales. Nos hemos visto obligados a seguir caminando, en medio de la noche. Hemos tenido que aprender que todo esto pasará. Ha llegado el tiempo para la esperanza. El tiempo para creer, como nos dice la liturgia católica, que también “la noche es tiempo de salvación”.

En situaciones límite como la presente de la Covid-19, nos estamos viendo obligados a elegir: o quedarnos apresados y atrapados por el miedo, o más bien hacer una opción clara por la esperanza. Lo primero puede ser firmar nuestra sentencia de muerte. Lo segundo nos pone alas para volar al futuro con renovado entusiasmo. En el presente artículo tratamos de mostrar la tesis según la cual urge (hoy más que nunca) vivir con esperanza en un mundo afectado e infectado por el coronavirus. Es tiempo para caminar, con firme valentía, en medio de la incertidumbre de la noche.

## 2. LAS LECCIONES IMPUESTAS

La gran lección de esta pandemia es que el ser humano es eso, humano. Grande por estar creado a imagen de Dios (*Gn 2,7*) y al mismo tiempo pequeño, por tantas cosas... Ahí está su gran capacidad para que muchos de los afectados por el virus se hayan recuperado ya, más o menos, de su influjo dañino. Ahí está la grandeza –de inteligencia y de corazón– de tantos hombres y mujeres de bien, que siendo científicos, investigadores, médicos o enfermeros, han estado trabajando a destajo para sacarnos de esta noche. Ahí están tantos desvelos por conseguir la vacuna, y por administrarla con rapidez y con generosidad de miras. Ahí están el cuidado y el cariño de tantos que hacen de verdaderos samaritanos para sus hermanos, los hombres.

Ahí han estado y siguen estando los sacerdotes, religiosos y religiosas. Ahí han estado y siguen los voluntarios. Ahí permanecen los políticos buenos (políticos de verdadera vocación) que trabajan honra-

damente por el bien de la “polis”, y que con sus aciertos y desaciertos luchan infatigablemente.

Junto a todo lo anterior, admitamos que el hombre no es un superhombre. Es hora de contemplar nuestra pobre condición humana y nuestra situación limitada, con una mirada realista y sin orgullos. Nos lo indica el Papa Francisco: *“La tempestad desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, rutinas y prioridades. Nos muestra cómo habíamos dejado dormido y abandonado lo que alimenta, sostiene y da fuerza a nuestra vida y a nuestra comunidad. La tempestad pone al descubierto todos los intentos de encajonar y olvidar lo que nutrió el alma de nuestros pueblos; todas esas tentativas de anestesiar con aparentes rutinas “salvadoras”, incapaces de apelar a nuestras raíces y evocar la memoria de nuestros ancianos, privándonos así de la inmunidad necesaria para hacerle frente a la adversidad. Con la tempestad, se cayó el maquillaje de esos estereotipos con los que disfrazábamos nuestros egos siempre pretenciosos de querer aparentar; y dejó al descubierto, una vez más, esa (bendita) pertenencia común de la que no podemos ni queremos evadirnos; esa pertenencia de hermanos”*<sup>2</sup>.

El ser humano es una moneda de dos caras, con grandeza y pequeñez, obligadas a estar irremediablemente juntas. No obstante, mantengamos siempre una convicción: como en el caso de Job, también a nosotros la fuerza divina nos llega en la debilidad <sup>3</sup>. No nos asustemos de no ser superhombres nietzscheanos. También en los momentos complicados –como los de la pandemia que ya va siendo superada– podemos seguir siendo vivificados. También en los desiertos de la existencia podemos refrescarnos con los manantiales escondidos que sólo esperan que los encontremos <sup>4</sup>.

La vida a veces se complica, porque a nuestro alrededor a veces todo se complica. Lo sabio es saber mirar e interpretar la vida como

---

2 FRANCISCO, *Momento extraordinario de oración en tiempos de pandemia / Viernes 27 de marzo de 2020*. Disponible en la web: [http://www.vatican.va/content/francesco/es/homilies/2020/documents/papa-francesco\\_20200327\\_omelia-epidemia.html](http://www.vatican.va/content/francesco/es/homilies/2020/documents/papa-francesco_20200327_omelia-epidemia.html) / Consulta: 06.11.2020.

3 MARTINI, C. M<sup>a</sup>, *La fuerza de la debilidad. Reflexiones sobre Job*, Ed. Sal Terrae, Santander 2014.

4 GRESHAKE, G., *Espiritualidad del desierto*, Ed. PPC, Madrid 2018.

algo amable y bello, a pesar de todos los pesares. Hay que detectar los tesoros escondidos debajo de la tierra y de la ceniza. Hallar las luces que no se ven a primera vista, pero que permanecen junto a nosotros. Etty Hillesum (asesinada en noviembre de 1943 a la edad de 29 años en el campo de concentración de Auschwitz) nos dirá que la vida es bella, a pesar de todo <sup>5</sup>.

La lección que hemos de recordar los creyentes (aprendida en estos dos años de zozobra) es que, en medio de la tormenta, Dios está con nosotros. Él es el *pantokrátor*, el todopoderoso, capaz de sacarnos de esta pandemia, como Él quiera y cuando Él quiera también. Las pandemias son pasajeras y ésta –como otras– también pasará. Ya lo vamos notando y ojalá se termine pronto.

Una lección impuesta que nos ha salido a todos al paso en esta crisis pandémica es que nosotros no somos los dueños del reloj. En medio de una cultura veloz, caracterizada por un ritmo vital vertiginoso y por un exceso de prisa en no pocos lugares del mundo, emerge la certeza de que los procesos llevan su tiempo. Lleva su tiempo el ser sanado y lleva su tiempo el hallazgo y la comercialización de una vacuna eficaz. Aprendamos el valor de lo lento, de lo callado y de lo cotidiano... Volvamos a valorar que la vida tiene sus ritmos, muchas veces fuera de nuestro control.

Ahí está también la gran lección sobre la importancia del bien común. Es preciso aunar fuerzas, advirtiendo que todos somos parte de la gran familia humana. Todos tenemos que cuidarnos y tenemos que cuidar a los demás, encargándonos de ellos. Esto hemos de hacerlo con talante esperanzado, que es más que ser optimistas; y esto no por una mera ilusión, sino por reconocer que –muchas veces– nuestras esperanzas se cumplen de hecho. No es sensato ser pesimistas. Hay que nutrir día y noche la esperanza, como múltiples textos de la Sagrada Escritura no dejan de recomendarnos.

Otra lección que una y otra vez nos da la vida es que ella siempre va hacia adelante. La vida está en movimiento creativo, en una dinámica imparable que nos lleva a todos a mirar al futuro. Estamos llamados

---

<sup>5</sup> Cf. ARRIERO PERANTÓN, F., *La vida es bella a pesar de todo. Las claves de la espiritualidad de Etty Hillesum*, Ed. Fonte, Burgos 2019.

a salir fortalecidos. Dios está con nosotros, como nos recuerda el nombre del *Emmanuel*, nuestro salvador (cf. *Mt* 1,23).

Una lección práctica –que se nos ha impuesto claramente– es que cada uno de nosotros ha de asirse a unos “agarraderos” para vivir con esperanza. Cada uno tiene los suyos y los cristianos tenemos el privilegio de contar con el agarradero diamantino e invencible que es el mismísimo Dios.

Reencontrémonos serenamente con nuestro origen, con nuestro centro, con el punto alfa de nuestras vidas. Sepamos de dónde venimos y hacia donde vamos, de manera que podamos establecer un itinerario inteligente para nuestras existencias. Recuperemos la libertad. Una libertad que sea verdaderamente libre, y que esté liberada de egoísmos. Una libertad que nos capacite para entregarnos a los demás, especialmente a los más desfavorecidos. Vivamos nuestra vida desde la proexistencia, en donación generosa de lo que somos y de lo que poseemos. Seamos, en medio de tantas nubes de tristeza e incertidumbre, testigos creíbles de Cristo resucitado. No busquemos dominar, sino servir. Llenemos nuestra vida con la luz del Resucitado, para ser en nuestra sociedad antorchas radiantes que iluminan la senda hacia un futuro mejor <sup>6</sup>.

Bruno Forte nos desafía amablemente a captar el “toque” de Dios en medio de esta situación sin precedentes <sup>7</sup>. Dios nos toca para sanarnos. Nos toca cuando estamos viviendo en atmósferas un tanto alocadas: a veces con rasgos egoístas, como la del slogan “American First”. Unas veces con un consumismo desaforado y no sostenible; otras veces con un hedonismo escandaloso y rastrero. En medio de estas constataciones vergonzantes, Forte nos invita a mirar también lo positivo que ha surgido. Ahí están tantas palabras de vida, de esperanza y de ánimo humanizador. Ahí está el valor de los héroes y heroínas de nuestros días: generosos cuidadores de los demás hasta la extenuación. Ahí está también todo ese ejército de asistentes espirituales, de garantes de servi-

---

6 Nos hemos inspirado en los planteamientos de Walter Kasper en relación a cómo vivir en la Iglesia esta etapa de la historia. Sus pensamientos se hallan en KASPER, W., y AUGUSTIN, G. (eds.), *Dios en la pandemia*, Ed. Sal Terrae, Santander 2020, pp. 27-33.

7 Estos pensamientos de Bruno Forte se hallan incluidos en KASPER, W., y AUGUSTIN, G. (eds.), *Dios en la pandemia*, Ed. Sal Terrae, Santander 2020, pp. 35-50.

cios mínimos... Ahí está toda esa gente que ha hecho una opción fundamental por amar más y mejor al prójimo. Toda esa gente sencilla que ha respondido admirable y generosamente a las restricciones impuestas. El Papa Francisco ha tomado buena nota de ello: *“Cuánta gente cada día demuestra paciencia e infunde esperanza, cuidándose de no sembrar pánico sino corresponsabilidad. Cuántos padres, madres, abuelos y abuelas, docentes muestran a nuestros niños, con gestos pequeños y cotidianos, cómo enfrentar y transitar una crisis readaptando rutinas, levantando miradas e impulsando la oración. Cuántas personas rezan, ofrecen e interceden por el bien de todos. La oración y el servicio silencioso son nuestras armas vencedoras”*<sup>8</sup>.

Abramos nuestra mente, con Forte, para valorar cosas antes infravaloradas, como las relaciones directas, no encorsetadas en pantallas y botones electrónicos. Admitamos nuestros límites y nuestras fragilidades, ya que no pasa nada si lo hacemos. Superemos la obsesión desproporcionada y enfermiza de la productividad, del activismo y del arribismo. Ha llegado el tiempo, continúa Forte, de sacar más tiempo de calidad para la oración, para la reflexión, para la escucha, para la caridad, para la entrega al otro, para el diálogo y para los gestos de humanidad. Es tiempo de perder el tiempo por amor a los otros. Tiempo para cuidar la vida, la salud... Tiempo para los más débiles. Tiempo también para sentir –de verdad– dolor por el egoísmo, por el aislamiento, por los localismos, por los nacionalismos y por los complejos de superioridad. Volvamos a los grandes e imitémoslos, como por ejemplo a De Gasperi, a Adenauer, a Schuman... Entonces este tiempo nos conducirá a ser grandes.

### 3. LAS VOCES AUTORIZADAS

Dios existe y actúa para nuestro bien. No hay nada que temer junto a Él. Dios es la base firme de nuestra esperanza. Él es nuestra roca y nuestro suelo firme. Él está junto a nosotros y nos sostiene sin dejarnos

---

<sup>8</sup> FRANCISCO, *Momento extraordinario de oración en tiempos de pandemia / Viernes 27 de marzo de 2020*. Disponible en la web: [http://www.vatican.va/content/francesco/es/homilies/2020/documents/papa-francesco\\_20200327\\_omelia-epidemia.html](http://www.vatican.va/content/francesco/es/homilies/2020/documents/papa-francesco_20200327_omelia-epidemia.html) / Consulta: 06.11.2020.



caer. Él nos orienta, nos cuida, nos acompaña y nos espera al final del camino para darnos un abrazo eterno en el que Él y nosotros seamos ya inseparables. Hagamos caso, con un corazón humilde y deseoso de aprender, a lo que otros nos enseñan para crecer en esperanza en momentos complicados como éstos. Ahí están los santos. Ahí también están tantos hombres y mujeres de bien <sup>9</sup> que han pasado y superado pruebas difíciles. Veamos algunas de sus recomendaciones y escuchemos sus voces autorizadas.

**San Vicente de Paúl** (1581-1660). Un ejemplo de esperanza y de confianza en Dios lo hallamos en este santo, que vivió a caballo entre el siglo XVI y el XVII. Memorable es su conferencia a las Hijas de la Caridad del 9 de junio de 1658 <sup>10</sup>, cuando ya tenía una edad bastante avanzada. Muy acertados los consejos del santo para ayudarnos a esperar en Dios, una y otra vez. Nos pide no tener otro fundamento más que Él, apoyándonos sólo en Él. Nos pide docilidad, conscientes de que la verdadera sabiduría consiste en seguir a la Providencia, paso a paso. Es bueno dejarse guiar por la Providencia, poniéndonos con indiferencia en sus manos. Nos pide la aceptación y la disponibilidad, abandonándonos por completo a los divinos designios. Dejemos hacer a Dios, conscientes de que donde vayamos siempre nos encontraremos con Dios. Nos pide *parresía*, para vivir con audacia y riesgo; así iremos a todos los sitios donde la Providencia nos llame. Nos pide no angustiarnos ni tener miedo, pues esto desagrade a Dios. Nos pide una confianza firme e inquebrantable, sin vacilar ni ceder en las circunstancias adversas. Nos pide abandonarnos en los brazos paternales de Dios. Es preciso dejar hacer a Dios, del que somos instrumentos. Nos pide que seamos obreros que trabajan con fidelidad y esmero. Y terminemos

---

9 Nos habría gustado ampliar estos autores con otros bien interesantes, aunque el límite del artículo nos impone seleccionar. No obstante, no nos resistimos a recomendar –al menos– una profundización en la virtud de la esperanza, tal y como la presenta Santo Tomás de Aquino (1225-1274). Una conferencia sobre esta virtud en la teología del Doctor Angélico la brindó el Profesor Antonio Praena Segura, op, con motivo de la Festividad de Santo Tomás de Aquino, celebrada en la Facultad de Teología San Vicente Ferrer, el lunes 28 de enero del 2019. Llevó por título “*La esperanza en Santo Tomás. Una propuesta para el mundo contemporáneo*”. Se halla disponible en la web: <https://www.youtube.com/watch?v=euoDa32ZisQ> / Consulta: 03.11.2020.

10 Está disponible en la web: [https://via.library.depaul.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1011&context=coste\\_sp](https://via.library.depaul.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1011&context=coste_sp) / Consulta: 05.11.2020.

con una frase suya: «Una de las cosas más importantes y que más tenéis que pedir a Dios es esta confianza» (IX, 1052. 1061; V, 152) <sup>11</sup>.

**San Claudio de la Colombière** (1641-1682) nos lleva por el camino del abandono. Sus principales trabajos comprenden *Réflexions Pieuses, Méditations sur la Passion, Retraite et Lettres Spirituelles*, que fueron publicados bajo el título de *Œuvres du R. P. Claude de la Colombière* (Aviñón, 1832; París, 1864). Esperanza y abandono en Dios, esperanza y abandono en Dios y –otra vez– esperanza y abandono en Dios son las lecciones preciosas que se encuentran escondidas en sus obras <sup>12</sup>. Acentúa con énfasis el cumplimiento de la voluntad divina, la mortificación de los sentidos, el abandono en manos de la Providencia, la fidelidad a la gracia, y de manera singular, según el encargo recibido del cielo, la devoción al Corazón de Cristo en un sentido total, es decir, como programa de vida cristiana capaz de las máximas ascensiones místicas. San Claudio mantuvo en todo momento un interés grande por los escritos de los místicos y se familiarizó con su doctrina. Todo cuanto salió de su pluma nos revela a un hombre lleno sólo de Dios. Intuyó la fuerza de la confianza en el amor de Dios. Subrayó el papel inestimable de la consagración personal al Sagrado Corazón de Jesús. Apunta que el secreto espiritual es abandonarse sin reserva, en cuanto al pasado y al porvenir, a la misericordia de Dios. Confiar en el amor paternal de Dios, en su bondad infinita. Nos indica que con una confianza filial inquebrantable, habría menos languidez, menos apatía y menos cansancio <sup>13</sup>. En estos tiempos recios, su legado nos invita al abandono confiado en Dios. ¡Un mensaje más que oportuno para nuestros días!

---

<sup>11</sup> Todos estos planteamientos de su espiritualidad están volcados en: <http://vincentians.com/es/espiritualidad-vicenciana-confianza/> / Consulta: 05.11.2020.

<sup>12</sup> Algunos documentales para conocer atinadamente su figura se alojan en <https://www.youtube.com/watch?v=Z8TdbVhkaz8>; <https://www.youtube.com/watch?v=4388QCdyGeE&t=774s> (3 documentales); <https://www.youtube.com/watch?v=sZVGqkIGJl4> / Consulta: 05.11.2020.

<sup>13</sup> Cf. ANDRÉS MOLINA PRIETO, *Vidas para Dios, San Claudio de la Colombière, jesuita, apóstol del Corazón de Jesús (1641-1682)*. Disponible en la web: [https://misionerosdecristorey.org/vidas\\_para\\_dios\\_0600.htm](https://misionerosdecristorey.org/vidas_para_dios_0600.htm) / Consulta: 28.06.2021.

**Charles Pierre Péguy**<sup>14</sup> (1873-1914), autor de *El pórtico del misterio de la segunda virtud*, y de *El misterio de los santos inocentes*, también nos exhorta a la esperanza. Filósofo, poeta y ensayista francés reconoce el valor de esta virtud que sorprende, nada más y nada menos, al mismísimo Dios. Habla de la esperanza como de una “niña muy pequeña”, que tira hacia delante de sus hermanas mayores (las otras dos virtudes teologales). La esperanza –en la pluma de Péguy– aparece como virtud de creatividad, traviesa, a veces antisistémica, pequeña, que siempre se acuesta todas las noches, que duerme realmente tranquila y se levanta, que da todas las mañanas los buenos días... La esperanza reza sus oraciones en su cama por la noche y por la mañana también reza sus oraciones, con una mirada nueva. La esperanza no es nada más que una pequeña promesa de brote, que se anuncia justo al principio de abril. Saluda al pobre y al huérfano, y sin ella todo lo demás es como un cementerio. La fe y la caridad no son nada sin la esperanza. Tan grande es la importancia de esta virtud que incluso Dios –“el Señor de las Virtudes”– ha tenido esperanza en nosotros, antes de que nosotros tengamos esperanza en Él. Afirma Dios que la esperanza es la virtud que más le gusta. La fe es algo que no le extraña. La caridad es algo que tampoco le extraña. Pero ¿la esperanza? Eso sí que le extraña. Es importante y sorprendente la esperanza (añadimos nosotros, también en estos tiempos de coronavirus). Veamos la belleza y la finura con que nos lo cuenta Péguy:

«Pero la esperanza, dice Dios, esto sí que me extraña, me extraña hasta a Mí mismo, esto sí que es algo verdaderamente extraño. Que estos pobres hijos vean cómo marchan hoy las cosas y que crean que mañana irá todo mejor, esto sí que es asombroso y es, con mucho, la mayor maravilla de nuestra gracia. Yo mismo estoy asombrado de ello. Es preciso que mi gracia sea efectivamente de una fuerza increíble y que brote de una fuente inagotable (...) desde que comenzó a brotar por primera vez como un río de sangre del costado abierto de mi Hijo.

---

14 Un buen estudio sobre la esperanza en Charles Pierre Péguy lo tenemos en AVENATTI DE PALUMBO, C. I., *La dimensión existencial de la esperanza en un poema de Charles Péguy*: Teología 77/1 (2001) 67-77. Disponible en la web: [file:///C:/Users/Usuario/Downloads/Dialnet-LaDimension ExistencialDeLa EsperanzaEnUnPoemaDe-Char-2334329%20\(1\).pdf](file:///C:/Users/Usuario/Downloads/Dialnet-LaDimension%20ExistencialDeLa%20EsperanzaEnUnPoemaDe-Char-2334329%20(1).pdf) / Consulta: 06.11.2020.

¿Cuál no será preciso que sea mi gracia y la fuerza de mi gracia para que esta pequeña esperanza, vacilante ante el soplo del pecado, temblorosa ante los vientos, agonizante al menor soplo, siga estando viva, se mantenga tan fiel, tan en pie, tan invencible y pura e inmortal e imposible de apagar como la pequeña llama del santuario que arde eternamente en la lámpara fiel? De esta manera una llama temblorosa ha atravesado el espesor de los mundos, una llama vacilante ha atravesado el espesor de los tiempos (...), una llama imposible de dominar, imposible de apagar al soplo de la muerte, la esperanza.

Lo que me asombra, dice Dios, es la esperanza, y no salgo de mi asombro. Esta pequeña esperanza que parece una cosita de nada, esta pequeña niña esperanza, inmortal. Porque mis tres virtudes, dice Dios, mis criaturas, mis hijas, mis niñas, son como mis otras criaturas de la raza de los hombres: la Fe es una esposa fiel, la Caridad es una madre, una madre ardiente, toda corazón, o quizá es una hermana mayor que es como una madre. Y la Esperanza es una niñita de nada que vino al mundo la Navidad del año pasado y que juega todavía con enero, el buenazo, con sus arbolitos de madera de nacimiento, cubiertos de escarcha pintada, y con su buey y su mula de madera pintada, y con su cuna de paja que los animales no comen porque son de madera.

Pero, sin embargo, esta niñita esperanza es la que atravesará los mundos, esta niñita de nada, ella sola, y llevando consigo a las otras dos virtudes, ella es la que atravesará los mundos llenos de obstáculos. Como la estrella condujo a los tres Reyes Magos desde los confines del Oriente, hacia la cuna de mi Hijo. Y así una llama temblorosa, la esperanza, ella sola, guiará a las virtudes y a los mundos, una llama romperá las eternas tinieblas (...).

Por el camino empinado, arenoso y estrecho, arrastrada y colgada de los brazos de sus dos hermanas mayores, que la llevan de la mano, va la pequeña esperanza y en medio de sus dos hermanas mayores da la sensación de dejarse arrastrar como un niño que no tuviera fuerza para caminar. Pero, en realidad, es ella la que hace andar a las otras dos, y la que las arrastra, y la que hace andar al mundo entero y la que le arrastra. Porque en verdad no se trabaja sino por los hijos y las dos mayores no avanzan sino gracias a la pequeña»<sup>15</sup>.

---

15 Texto de Péguy copiado literalmente de BERMEJO, J. C., *La esperanza en tiempo de coronavirus*, Ed. Sal Terrae, Santander 2020, pp. 41-43.

**Ernst Bloch** (1885-1977), desde la atalaya de la filosofía, nos habla de su principio esperanza. Nacido en Ludwigshafen am Rhein (Alemania) es autor de *El principio esperanza* (1949). Bloch reflexiona sobre la dimensión utópica del ser humano en conexión con la filosofía marxista, pero el alcance de su indagación va mucho más allá de cualquier ortodoxia ideológica, para convertirse en una honda investigación sobre los aspectos esenciales de la frágil existencia humana <sup>16</sup>. Nos habla del “excedente utópico” que habita en el ser humano. No obstante, será criticado por autores de la talla de Juan Alfaro (en su obra *Esperanza cristiana y liberación del hombre* [1972]). Al excluir Bloch la posibilidad de un porvenir trascendente y afirmar el futuro definitivo de la historia como inmanente, dentro de la mutua relación humanidad-mundo, habría destruido nada menos que su propia esperanza. En el pensamiento de Bloch –en opinión de Alfaro– la marcha de la humanidad se habría detenido definitivamente. La esperanza, condición fundamental del existir humano, habría desaparecido, y no quedaría sino la desesperación. Quedarían tocados de muerte lo nuevo (real-posible), los deseos y la esperanza-utopía en el hombre <sup>17</sup>. Es decir: sí a la esperanza que Bloch ansía, pero entendiéndola de otra manera bien distinta.

**Viktor Frankl** (1905-1997) tiene mucho que enseñarnos en medio de las situaciones que nos desbordan, como la que estamos viviendo. Conocido por todos, este psiquiatra vienés nos enseña a encontrar el sentido de lo que vivimos y el sentido de nuestra vida, en su conjunto. Y es que está *El hombre en busca de sentido* (1962). Dicho sentido dota al ser humano de una esperanza racional inquebrantable <sup>18</sup>. La vida del

---

<sup>16</sup> Tomado de <https://www.marcialpons.es/libros/el-principio-esperanza-2/9788481647143> / Consulta: 04.11.2020.

<sup>17</sup> Cf. GARCÍA PESTAÑA, M., *La apertura del hombre a la revelación de Dios en la Teología de Juan Alfaro [Tesis inédita]*, Estudio Teológico Agustiniiano de Valladolid, Valladolid 2018, pp. 78 y 79.

<sup>18</sup> La página web de la *Asociación Viktor Frankl* incluye vídeos suyos, así como pruebas documentales del influjo de este gigante de la búsqueda del sentido y del vivir con esperanza. Se aplican a distintos sectores de la sociedad y a distintos momentos de la existencia. Estamos ante múltiples cursos y recursos para abrir horizontes en situaciones complejas. Disponible en: <https://asociacionviktorfrankl.es/frankl> / Consulta: 09.11.2020. Sobre el papel de la decisión personal, en el tema que nos ocupa, contamos con un testimonio on-line del propio autor: [https://www.youtube.com/watch?v=TXZGZ\\_0TP7w](https://www.youtube.com/watch?v=TXZGZ_0TP7w) / Consulta: 09.11.2020. La presencia universal de la logoterapia de

hombre, aunque tenga que atravesar las densas tinieblas coronavíricas, tiene sentido en su conjunto. Sólo hace falta pararse a mirar para encontrarlo, porque a veces no es evidente a primera vista. Frankl nos exhorta a hallar el sentido de nuestra existencia. Nos indica que vivir, en último análisis, no significa otra cosa que tener la responsabilidad de responder exactamente a los problemas vitales y de cumplir las tareas que la vida propone a cada uno de nosotros, ante la exigencia del momento. El aquí y el ahora, por tanto, son areópagos para la esperanza y para la responsabilidad.

**Walter J. Ciszek**<sup>19</sup> (1904-1984) nos ofrece un testimonio impresionante de esperanza en tiempos duros. Estamos ante un sacerdote jesuita norteamericano, de origen polaco, lleno de una inquebrantable confianza en Dios. Tuvo una intensa experiencia de inmersión en Rusia, después de la Revolución Bolchevique, atendiendo a una petición de Pío IX. Estudió en Roma, a partir de 1934, liturgia y teología rusa en el *Russicum*. Tras ser ordenado sacerdote en 1937, llegó a la misión polaca de Al'Bertin; desde aquí, de forma oculta, entró en Rusia, donde comenzó una aventura verdaderamente dramática. Vivió en la Unión Soviética veintitrés años, la mayoría de ellos en la cárcel o en los campos de trabajos forzados de Siberia. En 1947 le dieron por muerto, e incluso sus compañeros jesuitas ofrecieron varias misas por el descanso de su alma. Ahora su proceso de beatificación avanza, para elevar al P. Walter a los altares.

En su obra *Caminando por valles oscuros*, libro altamente recomendable, muestra su gratitud hacia Dios, por sostenerlo a lo largo de los años siberianos. Su Divina Providencia le devolvió, finalmente, a su hogar. Aprendió el valor de la esperanza y la búsqueda de consuelo sólo en Dios. Cuando le preguntan “¿cómo logró sobrevivir?”, él siempre da la misma respuesta: “la Divina Providencia”. Ella nos capacita para superar cualquier desaliento, como éste del coronavirus. Cuando deseamos regir nuestra vida desde la voluntad divina, podemos discernir si estamos yendo o no por el buen camino evaluando sus frutos. La

---

Frankl queda garantizada por el prestigioso Instituto Viktor Frankl de Viena: <https://www.viktorfrankl.org/index.html> / Consulta: 09.11.2020.

19 Cf. CISZEK, W. J., y FLAHERTY, D. L., *Caminando por valles oscuros. Memorias de un jesuita en el Gulag*, Ed. Palabra / Arcaduz, Madrid 2015<sup>2a</sup>.

auténtica intervención de Dios en el alma deja alegría, paz interior y confianza en la fe sencilla. Cuando las cosas no son como se preveen, hay que pedirle a Dios la gracia de no juzgar los esfuerzos según los esquemas de este mundo. En medio del frío polar Ártico, del duro espionaje ruso, de la soledad, del sufrimiento... Dios lo condujo, veló por él y lo sostuvo <sup>20</sup>. Walter es un auténtico testigo de lo que significa rezar, confiar en Dios, superar el acoso constante, mantener el tipo cuando todo ha dado un vuelco... Walter, sobrepasado intelectualmente ante el por qué puede Dios permitir algunas situaciones, acaba aprendiendo que sólo Él es fiel en el amor. Sólo Dios, sólo Dios, sólo Dios... Él nos pide ir más allá de nuestras rutinas y de nuestras dependencias. Cuando los amigos, por distintas razones, se van o ya no están, sólo Dios, sólo Dios, sólo Dios.

Walter desea que la fe sobreviva y que nosotros sobrevivamos por la fe; que busquemos a Dios en todo, y que practiquemos la voluntad de Dios en todo. Hay que aprender a captar la voluntad de Dios detrás de los acontecimientos más cotidianos y prosaicos. Cizek nos da pistas prácticas para crecer en nuestra esperanza. Plantearnos nuestras situaciones desde el punto de vista de Dios, y no desde el nuestro. Pedir la gracia de no juzgar nuestros esfuerzos según los estándares humanos, ni por lo que nosotros queríamos o esperábamos que ocurriera, sino según el designio de Dios <sup>21</sup>. Entender que la voluntad de Dios Él nos la revela cada día en las circunstancias concretas en que se manifiesta ante nosotros. Su voluntad son las veinticuatro horas del día, las personas, los lugares que nos pone delante en cada momento. Dios considera importante cada instante; sobre esta base quiere que actuemos, y no movidos por un principio abstracto, o un deseo subjetivo de “hacer la voluntad de Dios” <sup>22</sup>. Hay que aceptar las situaciones como voluntad de Dios, y no lo que tenemos en la cabeza, que no coincide precisamente con eso <sup>23</sup>. Las cosas del aquí y del ahora son las que constituyen la voluntad de Dios.

---

20 Cf. CISZEK, W. J., y FLAHERTY, D. L., *Caminando por valles oscuros*, pp. 9-14.

21 Cf. CISZEK, W. J., y FLAHERTY, D. L., *Caminando por valles oscuros*, p. 43.

22 Cf. CISZEK, W. J., y FLAHERTY, D. L., *Caminando por valles oscuros*, p. 44.

23 Cf. CISZEK, W. J., y FLAHERTY, D. L., *Caminando por valles oscuros*, p. 45.

Estamos ante una verdad que alberga el sello de la simplicidad, como todas las cosas de Dios<sup>24</sup>. Ésta es la razón por la cual no hemos de desesperamos cuando nos sentimos profundamente inmersos en situaciones de indefensión, cuando alrededor de las reglas, poderes y fronteras estamos privados –incluso– de decir o hacer nada por mejorar una triste situación. Hay posibilidades de salir adelante, más allá de esos duros momentos o etapas largas de indefensión, de angustia, de indignación, de humillación, de deslealtad, de injusticia o de degradación<sup>25</sup>.

Nos asegura este *survivor* que, en las peores circunstancias imaginables, el hombre sigue siendo hombre, dotado de una voluntad libre, y que Dios siempre está dispuesto a ayudarlo con su gracia. Dios, incluso, espera que el hombre actúe en esas circunstancias, como Él quiere que actúe en esas situaciones, con esas personas, en esos lugares y con esas cosas, sabiendo que eso es lo que Dios quiere para él en ese momento concreto<sup>26</sup>.

A la hora de alimentar nuestra esperanza, confiemos en que la fe simple y limpia es poderosísima. Los caminos de Dios y de la Divina Providencia son misteriosos y Dios es un maestro muy paciente con nosotros. Toda verdad divina posee una absoluta simplicidad, por lo que no hemos de complicarnos ni de liarnos la cabeza. Es evidente que Dios cuida de nosotros y nos protege. Él nos atiende a cada uno de forma personal, y nos envía las circunstancias de cada día de nuestra vida, y también de cada momento del día. Cizek nos impele a no desperdiciar ni un solo momento y a no dejar pasar ni una sola oportunidad. Todo tiene un propósito en la vida del hombre, pues todo tiene un propósito en el plan de Dios. También en estos tiempos que nos toca vivir, hemos de buscar el gozo, la paz y la felicidad; para ello hemos de aceptar cada momento de cada día como un don salido de las manos de Dios. Hemos de luchar por hacer su voluntad en lo concreto del aquí y del ahora<sup>27</sup>.

---

24 Cf. CISZEK, W. J., y FLAHERTY, D. L., *Caminando por valles oscuros*, p. 46.

25 Cf. CISZEK, W. J., y FLAHERTY, D. L., *Caminando por valles oscuros*, pp. 52 y 53.

26 Cf. CISZEK, W. J., y FLAHERTY, D. L., *Caminando por valles oscuros*, p. 56.

27 La página web a él dedicada -con la oferta de múltiples recursos gráficos, biográficos y fotográficos (relativos a su canonización), y también con meditaciones,



**Pedro Laín Entralgo** (1908-2001) nos habla de la esperanza en varias de sus obras. Ahí están *La memoria y la esperanza*. San Agustín, San Juan de la Cruz, Antonio Machado, Miguel de Unamuno (1954); *La espera y la esperanza*. Historia y teoría del esperar humano (1957); *Cuando se espera* (1967); *Antropología de la esperanza* (1978); *Esperanza en tiempos de crisis* (1993)... Inspirándose en Laín Entralgo, José Carlos Bermejo nos habla de cuatro tipos de esperanzas. Es oportuno tenerlos en cuenta –conocer al menos su nombre– en este momento de historia que nos toca vivir: esperanza de curarse (esperanza en que la ciencia, la técnica y la medicina puedan curar al enfermo); esperanza de ser cuidado (esperanza vinculada al cuidar y paliar no que no puede curarse médicamente); esperanza de ser acompañado (compartiendo información, soporte emocional, presencia significativa y compasiva, y también mirada trascendente y espiritual); y esperanza de ser religado (de manera que el paciente se reencontre con su yo más profundo y pueda vivir con sentido el propio sufrimiento)<sup>28</sup>. Consideramos nosotros que es deseable entrelazar las “cuatro esperanzas” en el momento que vivimos.

**Juan Alfaro** (1914-1993). Señala en *De la cuestión del hombre a la cuestión de Dios* (1988) que la existencia humana es proyecto hacia el futuro y porvenir. Esto expresa el “esperar radical” que forma parte de la estructura ontológica del hombre, y que lo constituye en proyecto hacia el futuro. La cuestión de la esperanza más allá de la muerte es una cuestión significativa, y tal esperanza posee un fundamento. El sentido último de la vida se revela como esperanza-esperante trascendente. La esperanza constitutiva del hombre está fundada en una Realidad trascendente de la que el hombre no puede disponer de ningún modo; sólo puede abandonarse a Ella, en actitud de esperanza. Sólo una Realidad absolutamente trascendente y personal puede salvar a la persona humana, y esta Realidad trascendente es Dios. Dios es (también en estos dos años de la Covid-19) la esperanza última del hombre. La esperanza nos lanza siempre adelante. Toda la humanidad ha vivido, vive y vivirá de la misma esperanza que la impulsa constantemente más allá

---

recuerdos, testimonios, audios, vídeos...- es: [http://www.ciszek.org/About\\_Ciszek.html](http://www.ciszek.org/About_Ciszek.html) / Consulta: 09.11.2020.

28 Cf. BERMEJO, J. C., *La esperanza en tiempo de coronavirus*, Ed. Sal Terrae, Santander 2020, pp. 45-50.

de todo lo logrado, hacia lo nuevo y hacia lo que no ha llegado todavía. El esperar humano trasciende toda etapa concreta de la historia; nos conecta con el Porvenir trascendente que no procede ni de la naturaleza ni de la historia, que no puede ser obra del hombre y que sólo puede ser Gracia absoluta. El hombre sólo puede esperarlo y recibirlo como don gratuito en la actitud de la esperanza <sup>29</sup>.

**Jürgen Moltmann** (1926, ahora con 95 años de edad), es el teólogo protestante alemán nacido en Hamburgo que nos invita también a la esperanza. Durante los años 1945 a 1948 fue uno de los muchos jóvenes prisioneros de guerra alemanes en un campo de Bélgica. Allí, junto a un grupo de prisioneros, declaró haber perdido toda su esperanza en la cultura germana a consecuencia de Auschwitz, Buchenwald y el resto de campos nazis de exterminio. Moltmann se dedicó a distribuir clandestinamente fotos de estos campos para concienciar a sus compañeros. Perdió la esperanza en la cultura alemana, y encontró la esperanza en el Señor Jesús. Cuando todavía estaba en el campo, un capellán estadounidense le regaló una pequeña copia del Nuevo Testamento y del libro de los Salmos. Moltmann se unió a un grupo de cristianos, sintiéndose cada vez más identificado con la fe cristiana. Él mismo proclamará años más tarde: “*Yo no encontré a Cristo, fue Él el que me encontró a mí*”. Algunas de sus obras nos hablan del valor que para él tiene la virtud de la esperanza: *Teología de la esperanza* (1968), *El experimento esperanza* (1976), *Ética de la esperanza* (2011)... En estos libros y en otros artículos arroja mucha luz para superar los tiempos críticos que nos desestabilizan.

#### 4. EL VUELO DEL ÁGUILA DE HIPONA <sup>30</sup>

Agustín de Hipona escribe mucho –y bien– sobre el tema de la esperanza. Le tocó vivirla en sus propias carnes, para alcanzar la salva-

---

<sup>29</sup> Cf. GARCÍA PESTAÑA, M., *La apertura del hombre a la revelación de Dios en la Teología de Juan Alfaro [Tesis inédita]*, Estudio Teológico Agustiniiano de Valladolid, Valladolid 2018, pp. 73-80.

<sup>30</sup> Tenemos la oportunidad de profundizar aún más en el tema de la esperanza, según la cosmovisión de San Agustín, acudiendo a: LARRINAGA BENGOCHEA, I., *La esperanza en San Agustín*, Ed. Federación Agustiniiana Española, Madrid 2003; RODRÍ-

ción de su alma. Cuando predica al pueblo le asegura que la esperanza es la lámpara del hombre (s. 37,11,25). Es la virtud del peregrino que camina por este mundo (s. 395,1). Aquí nos toca a todos tolerar lo presente y esperar lo futuro (s. 211A). Nuestra esperanza es nuestra ancla (s. 359 A,1), que nos da seguridad. Se simboliza en el huevo (s. 105,7) y también en la altura de la cruz (s. 165,4). Se une a nuestra paciencia (s. 157,6), a nuestra oración (s. 179 A,2) y a la celebración de nuestras eucaristías (s. 334,2). Nadie debiera perder la esperanza (s. 157,2; 170,9; 176,5), pues siempre hemos de caminar en ella (s. 4,9; 32,23). Es una virtud propia de quien cree (s. 313F,3). Vivir sin ella es una maldición (s. 313F,1). Lo opuesto a la esperanza, en nuestra vida, es mirar atrás (s. 105,7). Esta virtud teologal nos amamanta (s. 21,1) y aviva nuestro amor (s. 21,1). Quien es ahora nuestra esperanza, será después nuestra posesión (s. 313F,3). Junto a éstos, son otros los significados que Agustín halla en la esperanza cristiana. Nosotros –sin pretensión de exhaustividad– vamos a fijarnos ahora en algunos subrayados de su doctrina teológica y espiritual. Arrojan mucha luz para estos tiempos de coronavirus.

***El pecador está llamado a tener esperanza.*** ¿En quién? En Cristo. También en estos tiempos de coronavirus, cuando nos sintamos pecadores, volvamos a la esperanza. Nadie ha de desesperar de la remisión de sus pecados, cuando aquellos mismos que quitaron la vida a Cristo merecieron el perdón (cf. *Io. eu. tr.* 31,9). Hay que evitar extremos, nos dice el hijo de Santa Mónica. Hemos de temer no nos mate la esperanza, y esperando mucho en la misericordia de Dios caigamos en manos de la justicia; y hemos de temer también no nos mate la desesperación, y creyendo que no es posible que se perdonen los pecados que cometimos, nos neguemos a hacer penitencia (cf. *Io. eu. tr.* 33,8). Nadie ha de desesperar de la misericordia divina; ahí están los ejemplos de Pedro y

---

GUEZ, J. M., «La esperanza cristiana en San Agustín», *Religión y Cultura* 31/147-149 (1985) 653-676; MALGERI, G. M<sup>a</sup>, «Fundamento antropológico de la esperanza en San Agustín», *Augustinus* 63/248-249 (2018) 155-190; KELLER PÉREZ-HERRERO, M. Á., «La esperanza en la experiencia y la doctrina de San Agustín», ANDRADES LEDO, F. J.,; ANXO PENA GONZÁLEZ, M., y GALINDO GARCÍA, Á. (coords.); FLECHA ANDRÉS, J. R. (hom.), *Razones para vivir y razones para esperar: homenaje al Prof. Dr. D. José-Román Flecha Andrés*, Ed. Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 2012, 127-140; MORILLO REY, P. A., «El tiempo en San Agustín: ¿lamento o esperanza?» *Isidorianum* 22/43 (2013) 41-72.

de Pablo, que tienen mucho que enseñarnos a este respecto (cf. s. 381). La esperanza ahora todavía no ha logrado su objeto. Lo alcanzará en la última resurrección de los muertos. Cuando nuestra esperanza llegue a su meta, habrá llegado a la suya también nuestra justificación. El Señor mostró en la carne con que resucitó y subió al Padre lo que nosotros hemos de esperar de este modo; vemos en la Cabeza lo que después ha de suceder en los miembros (cf. s. 144,6). Mirar a Cristo es, entonces, fortalecer nuestra esperanza. Esperamos lo que Cristo ya nos ha anticipado. Caminemos confiadamente hacia esa esperanza, porque es veraz quien la ha prometido (cf. *ser.* 395,2).

***La esperanza de tener al médico.*** No sólo se trata de curar los cuerpos, aunque esto ya es mucho, en estos años pandémicos. Se nos propone una sanación completa e integral. Nuestra esperanza es Dios, es el Señor (*sal.* 38,8). Él es nuestra esperanza, y es el que nos ha hecho también a nosotros (cf. *en. Ps.* 38,13,8). Los enfermos están llamados a la esperanza porque ha venido el Médico. Es cierto que la enfermedad era grave, las heridas insanables, y la dolencia desesperada. Aunque el mal es ciertamente preocupante, no olvidemos que el Médico es omnipotente. ¿Y no podrá ayudarnos en esta hora coronavírica? Claro que sí. Nada hay imposible para Él. Hay testigos que prueban su poder sanador. Si nosotros nos alegramos en la esperanza, entonces poseeremos también la realidad; por otro lado, quien no posee la esperanza, no podrá llegar a la realidad (cf. *ep. Io. tr.* 8,13). En la teología agustiniana, muchas son las variedades y modulaciones de la enfermedad del pecado. Mucho se ha escrito sobre esto. Hemos de alegrarnos de estar redimidos y curados; es posible que aún no lo estemos en la realidad completamente, pero hemos de estar seguros –en la esperanza–, de obtener un día la salud. Si no gemimos en la esperanza, no llegaremos a la realidad (cf. *en. Ps.* 37,5,4).

***La esperanza nos vincula a unos bienes concretos.*** El hiponense nos enseña dónde tenemos que poner la esperanza, es decir, en qué tipo de bienes. Nosotros no hemos venido al cristianismo para el disfrute de los bienes de acá, sino para otro no sabido bien, que Dios nos ha prometido ya, pero del que los hombres no podemos hacernos idea todavía. Nuestra esperanza no ha de quedarse a ras de tierra; no ha de cifrarse en este tiempo, ni en este mundo, ni en la felicidad con que se ciegan los hombres que se olvidan de Dios (cf. s. 127,1). Los que ponen sus ojos

en las cosas de este mundo, podríamos decir que son los malos. Ellos tienen una esperanza presente, mientras que la de los cristianos ha de ser futura. La de los malos es pasajera, y la de los cristianos permanente. La de los malos es falsa, y la que debe ser nuestra es verdadera (cf. *en. Ps.* 52,8,6-7). Es buena la salud del cuerpo, aunque la esperanza cristiana nos lanza más allá. El bien mayor es el bien de la salvación, y nuestra salvación se basa en la esperanza. Sí, nuestra *salus* se basa en la esperanza, no en la realidad. Aún no tenemos lo que se nos prometió, sino que lo esperamos como venidero (cf. *ep. Io. tr.* 4,2). Si en esta vida somos justos, entonces hemos de alegrarnos. ¿Por qué razón? Permaneciendo en el Señor, hallaremos el gozo de los justos (cf. *en. Ps.* 32,2,1,1,1). Agustín nos exhorta a fijarnos en la luz del Señor, teniendo en cuenta sus sufrimientos, reteniendo la justicia, y convencidos de que no perecerá ni un cabello de nuestra cabeza (cf. *en. Ps.* 64,13).

***No hay que poner la esperanza en los hombres.*** Y es que –señala Agustín que– nosotros somos lo que somos: hombres, nada más. Criaturas finitas, limitadas, por muy bienintencionados que tratemos de mantenernos. Vayamos más allá de las personas buenas, y busquemos la estabilidad y la inmutabilidad que no nos fallen nunca. Agustín avisa en sus catequesis a los principiantes para que la esperanza se ponga sólo en Dios, pues es el único inmutable, que nunca nos defrauda y que no se muda: “*Con todo, no debes colocar tu esperanza en esas personas buenas que te preceden o te acompañan hacia Dios, ya que no debes colocarla ni en ti mismo, por más progresos que hubieres hecho, sino en aquel que, al justificarnos, os hace tales a ti y a los otros. Está seguro de Dios, porque no se muda; en cambio, de los hombres nadie puede estar seguro. Pero si debemos amar a los que todavía no son justos, para que lo sean un día, icuánto más ardientemente deben ser amados los que ya lo son! Pero una cosa es amar al hombre y otra poner la esperanza en el hombre, hasta tal punto que Dios manda lo primero y prohíbe lo segundo*” (*cat. rud.* 25,49).

***La esperanza desemboca en ver a Dios.*** Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios, nos dice el Señor Jesús (*Mt* 5,8). Agustín cree firmemente esto. Lo veremos tal cual es (*1Jn* 3,2) y lo veremos cara a cara (*1Cor* 13,12). En tanto le veremos en cuanto seremos semejantes a Él, puesto que ahora en tanto no le vemos en cuanto somos desemejantes. Nos permitirá verle aquello que nos asemeja a Él (cf. *ep. a Itálica*, 92,3). Mientras caminamos en esta vida, hemos de

mantener encendida la llama de la esperanza. Es la llama del deseo, si queremos buscar un símbolo que nos ayude a entenderlo. Toda la vida del hombre cristiano es un santo deseo. Lo que deseamos aún no lo vemos, pero deseándolo nos hacemos capaces de verlo. Entonces, en el futuro, cuando venga lo que hemos de ver, seremos saciados (cf. *ep. Io. tr.* 4,6). No obstante, todavía no hemos llegado al futuro, al final. Ahora cada uno vive su presente. Pues bien, aquí es donde encontramos la tribulación. ¿Y qué nos alivia en el dolor y el sufrimiento de la tribulación, también en el caso de la covid-19? La respuesta es la esperanza; y es que si la esperanza del siglo futuro no nos consolase en la tribulación del presente, entonces pereceríamos. Poseemos ya el gozo en la esperanza. Se trata de una esperanza que es tan firme como si ya fuese realidad. Es la Verdad quien nos promete estas cosas, y ella ni puede engañar ni puede engañarse. Ahora creemos y más tarde veremos. La esperanza pertenece a este siglo, y la realidad al futuro (cf. *en. Ps.* 123,2).

## 5. EL CANDIL DE UN MONASTERIO VATICANO

En el Monasterio *Mater Ecclesiae* una luz sigue encendida en un candil escondido en Cristo. Es la luz portada por el Papa emérito, Benedicto XVI, y ofrecida desde este lugar vaticano al resto del mundo, en esta etapa crucial de la historia de los pueblos. El Papa emérito, hombre lúcido y sabio, continúa invitándonos a vivir hoy desde la virtud de la esperanza. El tiempo parece no pasar por sus múltiples escritos, que –gracias a Dios y a los editores– ya vamos viendo recopilados en varias lenguas del mundo bajo el título de *Obras Completas*. Sus orientaciones son atemporales, y –al mismo tiempo– conservan siempre su frescura original. Buceando en esta *opera magna* del Papa Benedicto, rescatamos ahora las enseñanzas que nos brindó el año 2007 en su segunda Carta Encíclica *Spe salvi*. Sus mensajes arrojan una luz valiosísima para estos momentos que nos tocan vivir.

Benedicto XVI asegura que se nos ha dado una esperanza fiable, gracias a la cual podemos afrontar nuestro presente: el presente, aunque sea fatigoso (como en este caso), se puede vivir y aceptar si lleva hacia una meta, si podemos estar seguros de esta meta y si esta meta es

tan grande que justifique el esfuerzo del camino (nº 1). La esperanza es la virtud de los creyentes, de los hombres que tienen fe. “Esperanza” es una palabra central de la fe bíblica, hasta el punto de que en muchos pasajes las palabras “fe” y “esperanza” parecen intercambiables. Así, la Carta a los Hebreos une estrechamente la plenitud de la fe (10,22) con la firme confesión de la esperanza (10,23), según vemos en el nº 2. El zarpazo del coronavirus parece poner duramente a prueba nuestra esperanza; las previsiones durante y después de la pandemia no son nada halagüeñas. No obstante, el don de la esperanza nos lleva a mirar más lejos, sin encerrarnos en el presente doloroso. Los cristianos –afirma el Papa emérito– tienen futuro; no es que conozcamos los pormenores de lo que nos espera, pero sabemos que nuestra vida, en su conjunto, no va a acabar en el vacío. Y solamente cuando el futuro es cierto como realidad positiva, se hace llevadero también el presente (cf. nº 2).

En medio de la tormenta pandémica iniciada en el tremendo 2020, hemos de advertir que la puerta oscura del tiempo, del futuro, ha sido abierta de par en par para nosotros. Si tenemos esperanza –debemos tenerla– hemos de vivir de otra manera, pues se nos ha dado una vida nueva (cf. nº 2). La esperanza proviene del encuentro real con Dios. Un Dios que es “dueño”, como aprendió Josefina Bakhita. Un Dios que es bueno también con nosotros, pues nos conoce, nos ha creado, nos quiere, nos ama y nos espera, como apunta esta santa. La gran esperanza para todos nosotros es que todos y cada uno personalmente somos definitivamente amados, suceda lo que suceda. El gran Amor nos espera (cf. nº 3).

Los hombres están sin esperanza, desesperanzados o desesperados, porque están sin Dios. Cuando advertimos que hemos sido redimidos, esta esperanza no podemos guardárnosla para nosotros solos. Se trata de una esperanza que debe llegar a muchos, a todos (cf. nº 3). Debe ser inquietante la experiencia de que, en el convencimiento interno de alguien, no exista un Dios al que se puede rezar (cf. nº 5). La fe cristiana nos enseña, una y otra vez, que el que gobierna el mundo –podríamos añadir, también en tiempos de coronavirus– es un Dios personal (cf. nº 5), capaz de entrar en comunicación con nosotros. Es un Dios que nos lleva a mirar la amplitud de la historia, reconociendo que el futuro está admirablemente abierto para nosotros, también en medio de esta pandemia que tiene a no pocos habitantes del planeta

encerrados en la incertidumbre. El futuro sigue existiendo y *“el hecho de que este futuro exista cambia el presente; el presente está marcado por la realidad futura, y así las realidades futuras repercuten en las presentes, y las presentes en las futuras”* (nº 7).

La esperanza no es sólo una virtud individual, que encierra al sujeto en sí mismo y poco más. No. Existe un aspecto comunitario de la esperanza. La vida verdadera, hacia la cual tratamos de dirigirnos siempre de nuevo, comporta estar unidos existencialmente en un pueblo y sólo puede realizarse para cada persona dentro de este nosotros (cf. nº 14). La esperanza nos lanza al futuro de la redención, y la redención se da cuando existe el amor. Estamos en etapa de pandemia, tras veintidós años de siglo XXI, cuando la ciencia y la tecnología parecían autoconsiderarse diosas en la mente de algunos. Sin embargo, el virus ha puesto todo patas arriba. La ciencia y la tecnología ayudan muchísimo, pero no tienen capacidad suficiente para salvar y redimir integralmente al hombre. Benedicto XVI está convencido de que no es la ciencia la que redime plenamente al hombre. El hombre es redimido por el amor, y esto es válido en el ámbito puramente intramundano (cf. nº 26).

Benedicto XVI distingue las esperanzas plurales de la esperanza en singular. Es legítimo tener esperanzas, grandes o pequeñas, diferentes según los períodos de la vida del hombre. No obstante, cuando estas esperanzas plurales se van cumpliendo, se ve claro que esto no lo era todo. *“Está claro que el hombre necesita una esperanza que vaya más allá. Es evidente que sólo puede contentarse con algo infinito, algo que sea siempre más de lo que nunca podrá alcanzar”* (nº 30). Es evidente, también, que la esperanza debe ser concreta, algo personal que me afecta positivamente a mí. El “para todos” forma parte de la gran esperanza, pues no podemos llegar a ser felices contra o sin los otros, pero es cierto que una esperanza que no se refiriese a mí personalmente, ¿de qué me serviría? Ni siquiera sería una verdadera esperanza (cf. nº 30).

La esperanza es un don de Dios; al mismo tiempo hay unos lugares de aprendizaje y unos ejercicios de la misma, que conviene retomar para tenerlos en cuenta en este tiempo marcado por la Covid-19. Es muy reconfortante ver cómo el Papa emérito conecta primeramente la esperanza con la oración en el nº 32 de la encíclica: *“Un lugar primero y esencial de aprendizaje de la esperanza es la oración. Cuando ya nadie me*



*escucha, Dios todavía me escucha. Cuando ya no puedo hablar con ninguno, ni invocar a nadie, siempre puedo hablar con Dios. Si ya no hay nadie que pueda ayudarme –cuando se trata de una necesidad o de una expectativa que supera la capacidad humana de esperar–, Él puede ayudarme. Si me veo relegado a la extrema soledad...; el que reza nunca está totalmente solo*<sup>31</sup>. La oración es necesaria para que se dilate la esperanza, y no podemos vivir sin ella. Cuando estamos en una época en la que muchos viven en soledad –no son pocos los que están o se sienten solos ahora en España<sup>32</sup>– la oración puede transformarse en un auténtico salvavidas. Es verdad que la oración ha de ser, como tantos santos nos enseñan, perseverante. El Papa cita a San Agustín (*ep. Io. tr. 4,6*) para recordarnos que Dios, cuando retarda su don, ensancha nuestro deseo; con el deseo ensancha el alma y, ensanchando el alma, la hace capaz de su don (cf. n° 33).

También el actuar y el sufrir son lugares de aprendizaje de la esperanza. En efecto, admite el Papa Benedicto que *“toda actuación seria y recta del hombre es esperanza en acto. Lo es ante todo en el sentido de que así tratamos de llevar adelante nuestras esperanzas, más grandes o más pequeñas; solucionar éste o aquel otro cometido importante para el porvenir de nuestra vida: colaborar con nuestro esfuerzo para que el mundo llegue a ser un poco más luminoso y humano, y se abran así también las puertas hacia el futuro. Pero el esfuerzo cotidiano por continuar nuestra vida y por el futuro de todos nos cansa o se convierte en fanatismo, si no está iluminado por la luz de aquella esperanza más grande que no puede ser destruida ni siquiera por frustraciones en lo pequeño ni por el fracaso en los acontecimientos de importancia histórica”*(n° 35). Entonces, sí al actuar por llevar adelante nuestras esperanzas, pero siempre bajo el faro de la gran esperanza luminosa, omniabarcante y salvadora.

Por otro lado, el sufrir es otro lugar de aprendizaje de la esperanza. Hemos de hacer todo lo posible para disminuir los sufrimientos de diversa índole (cf. n° 36). No obstante, seamos lúcidos –en cuanto al

---

31 Tomado de [http://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/encyclicals/documents/hf\\_ben-xvi\\_enc\\_20071130\\_spe-salvi.html](http://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20071130_spe-salvi.html) / Consulta: 05.11.2020.

32 Como botón de muestra está la Carta Pastoral firmada el 1 de noviembre de 2020 por los Obispos de la Provincia Eclesiástica de Pamplona y Tudela. Hablan del desafío de la soledad y ofrecen un texto que no tiene desperdicio, a la hora de diagnosticar y proponer lúcidas orientaciones para vivir esta otra pandemia de la soledad. El texto completo se aloja en <https://www.iglesiaenlarioja.org/single-post/el-desaf%C3%ADo-de-la-soledad> / Consulta: 05.11.2020.

sufrimiento— para admitir que *“extirparlo del mundo por completo no está en nuestras manos, simplemente porque no podemos desprendernos de nuestra limitación, y porque ninguno de nosotros es capaz de eliminar el poder del mal, de la culpa, que –lo vemos– es una fuente continua de sufrimiento. Esto sólo podría hacerlo Dios: y sólo un Dios que, haciéndose hombre, entrase personalmente en la historia y sufriese en ella. Nosotros sabemos que este Dios existe y que, por tanto, este poder que « quita el pecado del mundo » (Jn 1,29) está presente en el mundo. Con la fe en la existencia de este poder ha surgido en la historia la esperanza de la salvación del mundo”* (nº 36). Benedicto XVI ofrece un claro testimonio –podríamos anotar muchos más– para mostrar que en medio de los sufrimientos más atroces es posible la esperanza. El mártir vietnamita Pablo Le-Bao-Thin (+1857) en medio de la tempestad de crudelísimos sufrimientos <sup>33</sup>, lanza el ancla hasta el trono de Dios, esperanza viva de su corazón (cf. nº 37).

Cristo desciende al infierno y está cerca de quien ha sido arrojado allí. Cristo desciende al infierno en el que viven tantas personas enfermas por el coronavirus o cuidando a familiares enfermos... Cristo auxilia a los afectados directa o indirectamente por la pandemia. Cristo desciende a tantos sanitarios cansados y fatigados, a veces sin medios suficientes y trabajando en condiciones laborales deplorables. Cristo se acerca a los que han perdido familiares a causa de la Covid-19. Cristo desciende hasta aquí y transforma formidablemente las tinieblas en luz. En medio de sufrimientos y tormentos, surge la estrella de la esperanza. El ancla del corazón puede llegar hasta el trono de Dios. Se

---

33 Pablo Le-Bao-Thin escribe una carta “desde el infierno”, recogida por el Breviario Romano, Oficio de Lectura del 24 de noviembre. Entre otras cosas, narra las siguientes: *“Esta cárcel es un verdadero infierno: a los crueles suplicios de toda clase, como son grillos, cadenas de hierro y ataduras, hay que añadir el odio, las venganzas, las calumnias, palabras indecentes, peleas, actos perversos, juramentos injustos, maldiciones y, finalmente, angustias y tristeza. Pero Dios, que en otro tiempo libró a los tres jóvenes del horno de fuego, está siempre conmigo y me libra de las tribulaciones y las convierte en dulzura, porque es eterna su misericordia. En medio de estos tormentos, que aterrorizarían a cualquiera, por la gracia de Dios estoy lleno de gozo y alegría, porque no estoy solo, sino que Cristo está conmigo[...]”. ¿Cómo resistir este espectáculo, viendo cada día cómo los emperadores, los mandarines y sus cortesanos blasfeman tu santo nombre, Señor, que te sientas sobre los querubines y serafines? (cf. Sal 80 [79],2). ¡Mira, tu cruz es pisoteada por los paganos! ¿Dónde está tu gloria? Al ver todo esto, prefiero, encendido en tu amor, morir descuartizado, en testimonio de tu amor. Muestra, Señor, tu poder, sálvame y dame tu apoyo, para que la fuerza se manifieste en mi debilidad y sea glorificada ante los gentiles [...]”*. Tomado de *Spe salvi*, nº 37. También en esta cárcel brilló la luz de la esperanza.

quiebra la espiral de mal y de violencia en el hombre y vence la luz. Y entonces puede ocurrir un verdadero prodigio: el sufrimiento, sin dejar de ser sufrimiento, quiere transformarse en sublime canto de alabanza (cf. n° 37). Emerge el milagro de la *con-solatio*, enseñándonos a *ser-con*, para que la soledad deje de ser soledad (cf. n° 38). Cristo nos acompaña en esta nueva hora de la historia: *“en cada pena humana ha entrado uno que comparte el sufrir y el padecer; de ahí se difunde en cada sufrimiento la con-solatio, el consuelo del amor participado de Dios y así aparece la estrella de la esperanza”* (n° 39).

Los sufrimientos por los que pasan/pasamos en este escenario pandémico no han de quedar en el vacío. Estamos llamados a “ofrecerlos” a Dios: ofrecer las dificultades cotidianas por las que estemos pasando, que nos aquejan una y otra vez como punzadas más o menos molestas. Entonces las viviremos dándoles un sentido, porque las estaremos incluyendo en el gran com-padecer de Cristo. Entonces no serán sufrimientos inútiles o estériles. Si los sufrimientos por los que estamos pasando los unimos al de Cristo, entonces entrarán a formar parte del tesoro de la compasión que ayuda al género humano necesitado. Nuestros sufrimientos, unidos al de Jesús, encuentran un sentido. Contribuyen a fomentar el bien y el amor entre los hombres (cf. n° 40).

Otro lugar señalado por el Papa emérito para aprender la esperanza es el Juicio: aquí se aprende y se ejercita la esperanza. Cristo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, repetimos en el Credo. Esto nos invita a ordenar la vida presente, pues Dios nos llama en nuestra conciencia. Al mismo tiempo nos lleva a tener esperanza en la justicia de Dios. No todo da lo mismo, y Dios juzgará al final. En medio de la pandemia estamos asistiendo a un auténtico y dramático espectáculo de injusticias. Podríamos alargarnos en el análisis, pero pienso que si hay algo que a la gran mayoría nos está enervando y crispando son las tremendas y lacerantes injusticias cometidas en el ámbito político. Desde este areópago van dejando sentir su influencia dañina –como si se tratara de círculos concéntricos– en otras atmósferas tales como la económica, la social, la cultural... Al sufrimiento generado por el virus se suma que tengamos que asistir boquiabiertos a la escucha o a la lectura de noticias que nos dejan literalmente atónitos y desconcertados. El dolor interno crece en intensidad, y el ser humano (individual y colectivamente) es puesto contra las cuerdas. ¿Qué hacer? ¿Cómo reaccionar?

Tengamos esperanza, porque Dios –antes o después– pondrá a cada uno en su sitio. Dios pedirá responsabilidades. Imposible que Dios calle ante tantas y tan escandalosas injusticias políticas y sociales. Dios quiere salvarnos a todos, pero la gracia no excluye la justicia: *“No convierte la injusticia en derecho. No es un cepillo que borra todo, de modo que cuanto se ha hecho en la tierra acabe por tener siempre igual valor (...) Al final los malvados, en el banquete eterno, no se sentarán indistintamente a la mesa junto a las víctimas, como si no hubiera pasado nada”* (nº 44). Por tanto, de lo que se trata es de tener esperanza y también de esperar. *“Dios es justicia y crea justicia. Éste es nuestro consuelo y nuestra esperanza”* (nº 44). No nos vengamos abajo, si aquí (casi siempre) parecen ganar los malos y (casi siempre) parecen perder los buenos. Dios pondrá todo en su sitio al final, y muchas veces –también– antes del final.

## 6. DIOS<sup>34</sup>

Dios –mediante su Espíritu Santo– alimenta día tras día nuestra esperanza. Él nos llama todas las mañanas a sabernos y a sentirnos incondicionalmente amados por Él. Esto despierta y alienta la esperanza de cualquiera. La fe-encuentro con Él genera fuerza, serenidad... La participación en las liturgias de la Iglesia nos lleva, en comunidad, a volver a respirar y a abrir las ventanas del alma a un futuro mejor. Ahí está Dios, atento para colmar nuestra sed de felicidad, especialmente cuando el sufrimiento se hace más punzante, cuando acariciamos la impotencia, cuando nos topamos de bruces con nuestra finitud... Y no digamos cuando la muerte y el duelo llaman a la puerta de nuestras casas.

Dios es tenaz, no se cansa de tener esperanza, y tampoco se cansa de generar la esperanza en nosotros. Dios es grande, es el más grande, el único grande. Él todo lo puede, porque nada hay imposible para Dios (*Lc 1,37*). Volver a Él significa, automáticamente, cargar las pilas de nuestra esperanza. El encuentro largo y sereno con Dios siempre rejuvenece a su interlocutor. Dios es siempre surtidor de curación y de consuelo. En Él se reúnen las esperanzas humanas,

---

<sup>34</sup> Cf. BERMEJO, J. C., *La esperanza en tiempo de coronavirus*, Ed. Sal Terrae, Santander 2020, pp. 109-114.

todas ellas. Él las aglutina, las colma abundantemente y las sobrepasa sorprendentemente.

En Cristo –su hijo– se superan todos los males y se vencen todos los pecados. En Cristo la esperanza sabe a Vida con mayúsculas. Junto a Él, la vida jamás acaba en el vacío, aunque deba integrar dosis –a veces altas– de sufrimiento y de adversidades (cf. *Heb* 10,36). Junto a Cristo, la Virgen María es Santa María de la esperanza. Ella mantiene el ritmo de nuestra espera, también en esta “hora” pandémica que nadie se esperaba. Ella nos muestra que la esperanza cristiana es esperanza activa, vida en movimiento para servir a los demás. La esperanza no es parálisis sino acción creativa en beneficio del otro.

Cristo –a su vez– es ayudado por el Padre, pues sabemos que en su angustia lo escuchó (cf. *Heb* 5,7). Él se fía del Padre y se abandona con esperanza en sus manos: “*Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu*” (*Lc* 23,46). Tener esperanza en Dios desemboca, en último término, en tener fe en el cielo. Un estado al que todos estamos llamados, porque “*Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad*” (1 Tim 2,4). ¿Y será esto posible para nosotros...? ¡El Señor es Todopoderoso y nada hay imposible para Él (cf. *Lc* 1,37)! Trabajemos por el más allá y por el más acá. Como indica José Carlos Bermejo “*esperar y confiar en Dios no puede disminuir en un ápice la responsabilidad de buscar la salud, trabajar por ella, prevenirla, acudir a los profesionales, dejarse cuidar y mantenerse en clave de solidaridad con quien sufre*”<sup>35</sup>.

Volvamos –nos exhorta George Augustin– a poner a Dios en el centro de nuestra existencia. Él es el verdadero protagonista de la historia entera y también de nuestra vida. Él nos ayuda a entender la crisis de la Covid-19 en perspectiva amplia, porque Dios ha creado una vida que va más allá de la muerte. La vida continúa más allá de esta vida. Después vendrá la resurrección y la vida eterna junto a Cristo. Esta convicción nace de la fe, y debe tranquilizarnos; aunque es cierto que

---

35 Cf. BERMEJO, J. C., *La esperanza en tiempo de coronavirus*, Ed. Sal Terrae, Santander 2020, p. 113.

es duro enfrentarse, de golpe y porrazo, a la posibilidad real de que la propia muerte pueda llegarnos en cualquier momento <sup>36</sup>.

No olvidemos nunca que los seres humanos no tenemos todo bajo control, pero recordemos que siempre estamos en las manos de Dios <sup>37</sup>. Bruno Forte nos despierta para que volvamos a sentir el “toque de Dios”. En medio de esta situación casi dantesca, Dios quiere tocarnos a través de Jesús. Dios alarga su mano y nos da el toque que nos regala la vida victoriosa y segura. Es el toque que nos trae la salvación que viene de Él <sup>38</sup>.

## 7. CONCLUSIÓN. SIEMPRE, LA ESPERANZA

La crisis actual nos lleva a *mirar de nuevo al símbolo del ancla*. El ancla se ha convertido en signo de esperanza, cuando las tormentas, los vientos y las aguas torrenciales quieren dar al traste con las embarcaciones de nuestra vida. Del ancla nos habla San Epifanio de Salamina (310-403) en *Ancoratus*. Estamos invitados a estar bien anclados, en medio de las dificultades. Esto sirvió a los Cristianos ante las tormentas del arrianismo y otras herejías antiguas, y nos sirve ahora a nosotros para estar seguros en medio de los relámpagos y de los truenos coronavíricos. Anclados, anclados... El ancla nos lleva a estar seguros y firmes en medio de la intemperie. Fijos en Dios, ya que no hay Otro como Él. Christine D’Clario lo canta con belleza en su oración: “*si pierdo el control, sé mi centro; si en la tormenta estoy, sé mi refugio. Y si mi fe se va, sé mi esperanza. Y cuando ruja el mar, sé tú mi ancla*”<sup>39</sup>.

---

36 Cf. KASPER, W., y AUGUSTIN, G. (eds.), *Dios en la pandemia*, Ed. Sal Terrae, Santander 2020, pp. 56-68.

37 Nos lo indica George Augustin en KASPER, W., y AUGUSTIN, G. (eds.), *Dios en la pandemia*, Ed. Sal Terrae, Santander 2020, pp. 68-76.

38 Bruno Forte nos habla de esto en su colaboración titulada “La fe en el Dios de Jesucristo y la pandemia”, localizada en KASPER, W., y AUGUSTIN, G. (eds.), *Dios en la pandemia*, Ed. Sal Terrae, Santander 2020, pp. 43-45.

39 Disponible en la web: <https://www.youtube.com/watch?v=r5nEttyHAvo> / Consulta: 04.11.2020.

En etapas críticas, ante dificultades especiales personales y sociales, estamos impelidos a sacar partido de la adversidad. En el interior de nuestras heridas se halla *un bálsamo que puede sanarnos e iluminarnos*. Es tiempo para enriquecernos, para crecer y para integrar las “sombras”, sean éstas del tipo que sean. No hay que luchar contra las sombras. Hay que reconocerlas y traspasarlas, superándolas airoosamente. El ser humano está radicalmente vocacionado por la vida a salir fortalecido de los momentos complicados. Si capea el temporal desde un talante resiliente, entonces no se romperá; se hará flexible y buscará el mejor modo de salir adelante, consciente de que la noche oscura es transitoria.

Walter Kasper nos exhorta a que aprendamos, en medio de esta crisis coronavírica y de otras, que *el Reino de Dios está más allá de las cosas de este mundo*. Convirtámonos de los falsos dioses al Dios vivo y verdadero, y seamos enviados al mundo a predicar esta gran verdad.

Volvamos a reencontrar el tesoro del tiempo. Gocemos de los tiempos de calidad. Reservemos tiempos largos para estar con Dios. No se trata solamente de correr y descansar, y vuelta a empezar. Ordenemos lúcidamente, otra vez, nuestras agendas, recordando aquello de que Dios es abundante en tiempo para nosotros.

George Augustin <sup>40</sup> acierta de lleno cuando anota que la crisis del coronavirus nos ha dejado en estado de *shock*. Son muchos los miedos que han aflorado, por acá y por allá. No podemos descifrar aún el alcance global y detallado de esta pandemia; el impacto está siendo tan brutal que se nos escapa ahora un análisis pormenorizado de esta tormenta sin precedentes inmediatos. A los cristianos, en medio de este temporal, *nos toca dar testimonio de la vida, en un mundo azotado y amenazado por la muerte*. La pandemia nos ha convencido de que somos una “comunidad”, y de que es altamente necesario que todos cuidemos de todos. O nos salvamos juntos o no nos salvamos.

¿Cómo vivir e interpretar todo esto que estamos experimentando? George Augustin advierte que *es el tiempo para la cordura, la sensatez y la responsabilidad*; tiempo para captar la significación existencial y el sentido de nuestras vidas. Este autor nos propone descubrir el sentido

---

<sup>40</sup> Cf. KASPER, W., y AUGUSTIN, G. (eds.), *Dios en la pandemia*, Ed. Sal Terrae, Santander 2020, pp. 51-77.

último de los acontecimientos. Nos advierte que es imprescindible volver a captar, con toda su hondura, el don de la vida; al mismo tiempo nos sugiere reconocer con humildad que nuestra vida en la tierra es limitada <sup>41</sup>. Mientras dure, eso sí, sigamos caminando: “*adelante, siempre adelante, Dios proveerá*”, decía Santa Carmen Sallés. Además, vivamos activando la virtud de la paciencia, pues ella “*todo lo alcanza*” (Santa Teresa). El Señor está de nuestra parte y no hay nadie mejor al que podamos acudir, pues Él tiene palabras de vida eterna (cf. *Jn* 6,68).

Ahora es tiempo para reencontrar y gozar de la fuerza interior que Dios nos regala todos los días. Él es nuestra fuerza y nuestra energía (cf. *Sal* 117). Es tiempo para crear “nuevos hábitos” de vida, superando esas malas costumbres que degradan al ser humano, y que afean a la sociedad en su conjunto. Es tiempo de esperanza, porque incluso en el peor y en el más temido de los casos (una muerte inesperada o no deseada) la vida sigue más allá. Recordemos a Santa Teresa de Lisieux: “*no muero, entro en la Vida*” <sup>42</sup>. La esperanza nos lanza de lleno a la escatología, pues sólo en el escenario escatológico podremos estar –y estaremos, si Dios lo quiere– contentos. Nos lo recuerda un himno bellísimo de la liturgia católica (segundas vísperas, domingo de la semana IV):

Cuando la muerte sea vencida / y estemos libres en el reino, / cuando la nueva tierra nazca / en la gloria del nuevo cielo, / cuando tengamos la alegría / con un seguro entendimiento / y el aire sea como una luz / para las almas y los cuerpos, / entonces, sólo entonces, estaremos contentos.

Cuando veamos cara a cara / lo que hemos visto en un espejo / y sepamos que la bondad / y la belleza están de acuerdo, / cuando, al mirar lo que quisimos, / lo veamos claro y perfecto / y sepamos que ha de durar, / sin pasión, sin aburrimiento, / entonces, sólo entonces, estaremos contentos.

Cuando vivamos en la plena / satisfacción de los deseos, / cuando el Rey nos ame y nos mire, / para que nosotros le amemos, / y podamos ha-

---

41 Cf. KASPER, W., y AUGUSTIN, G. (eds.), *Dios en la pandemia*, Ed. Sal Terrae, Santander 2020, pp. 54 y 55.

42 SANTA TERESA DE LISIEUX, *Carta 244 al abate Bellière J.M.J.T., 9 de junio de 1897*. Disponible en: [http://www.ocdcolombia.org/elementos/contenidos/Revista/Obras\\_Completas\\_Teresa\\_Lisieux.pdf](http://www.ocdcolombia.org/elementos/contenidos/Revista/Obras_Completas_Teresa_Lisieux.pdf). / Consulta: 03.11.2020.



blar con él / sin palabras, cuando gocemos / de la compañía feliz / de los que aquí tuvimos lejos, / entonces, sólo entonces, estaremos contentos.

Cuando un suspiro de alegría / nos llene, sin cesar, el pecho, / entonces –siempre, siempre–, entonces / seremos bien lo que seremos <sup>43</sup>.

Es preciso *reconocer la íntima conexión existente entre la memoria y la esperanza* <sup>44</sup>. Ambas han de estar siempre despiertas, purificadas y elevadas a lo alto. Cuidar la una nos lleva a alentar la otra. San Juan de la Cruz tiene mucho que enseñarnos sobre este punto, en particular. Esperar tiene que ver no sólo con el futuro, sino también con el pasado. Es recomendable evocarlo sanamente, de manera que el propio pasado arroje fuerza sobre nuestra esperanza presente. Es terapéutico liberar la memoria de todo lo que nos bloquea. Juan de la Cruz habla de purificar la memoria. Hay que dejarla limpia y vacía, de modo que en silencio pueda escuchar a Dios, alcanzar la paz y lanzarnos a la esperanza. Y es que cuanto más la memoria se desposee, tanto más tiene de esperanza el alma en Dios <sup>45</sup>. La esperanza es contagiosa (J. C. Bermejo), de manera que si somos hombres esperanzados seremos automáticamente surtidores de esperanza.

En medio de situaciones difíciles y complicadas, *Cristo nos invita a la oración de petición*. Valoradísima por unos y despreciadísima (¿ridiculizada?) por otros, consideramos que es un ejercicio espiritual al que hoy nos invita el propio Jesucristo: «*Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá; porque todo el que pide recibe, quien busca encuentra y al que llama se le abre*» (Mt 7,7-12). Más claro, agua. En el libro de Joel vemos una situación dramática y en la que el pueblo practica la oración de petición. No se trata de una pandemia coronavírica, pero sí de una plaga de langostas. No son tiempos fáciles. Una lección que Joel nos da a nosotros nos exhorta al arrepentimiento y a la penitencia, que

---

43 Disponible en la web: <http://www.liturgiadelashoras.org/himnoliturgiadelashoras178.htm> / Consulta: 04.11.2020.

44 Cf. BERMEJO, J. C., *La esperanza en tiempos de coronavirus*, Ed. Sal Terrae, Santander 2020, pp. 51-56.

45 Cf. SAN JUAN DE LA CRUZ, Libro 3º de *Subida*, cap. 7,2. Disponible en la web: <https://www.portalcarmelitano.org/download/Subida%20del%20Monte%20Carmelo%20-%20San%20Juan%20de%20la%20Cruz.pdf> / Consulta: 04.11.2020.

nos llevan a reconciliarnos con la divinidad. En la situación descrita por Joel, no hay modo de escapar, excepto por la oración, el ayuno y la penitencia. Son medios útiles para implorar a Dios perdón y ayuda hasta que lleguen los gloriosos días en que su Espíritu se derrame sobre todos los seres humanos <sup>46</sup>. Judá sufre, aunque hay futuro para ella. Estableciendo un paralelismo –*mutatis mutandis*– nuestro mundo sufre ahora, pero hay horizontes abiertos para nuestro mañana.

Enrique Sanz Giménez-Rico (actual Rector de la Universidad Pontificia Comillas de Madrid), disertó hace ya algún tiempo (cuando era Decano de la Facultad de Teología de dicha universidad) sobre “*La oración de petición en el libro de Joel*”<sup>47</sup>. El mensaje central que dedujo de Joel fue el que sigue: en tiempos difíciles como los nuestros estamos llamados a pedir a Dios. Presentarle nuestras necesidades, ofrecerle nuestros deseos y mostrarle nuestra realidad indigente. Aquí está la clave, para salir airosos. La oración propuesta en el libro de Joel nutre la esperanza, sabiendo que Dios es compasivo, clemente y misericordioso. Hemos de volver a Él, como Él espera que hagamos. En Joel se entrelazan la gracia divina y la colaboración humana por mejorar las situaciones. Ahora ocurre exactamente lo mismo. Hemos de solicitarle a Dios que sea Dios, que perdone a su pueblo y que no entregue su heredad al oprobio. Esto hemos de pedirlo con nuestras palabras, que son distintas de las de Dios.

El origen de la petición –continúa el teólogo comillense– está en Dios mismo, el cual es misericordioso. Él da la gracia divina, y el profeta Joel aparece como su mediador ante el pueblo. El contenido de la petición solicita a Dios el perdón y la misericordia divinas. El mensaje es, repetimos, dejar que Dios sea Dios. En cuanto a la forma de la petición, se ven dos niveles distintos de lenguaje: por un lado, Dios y el profeta utilizan unas palabras; por otro lado, el pueblo, emplea otras palabras diferentes. En todo caso, el profeta Joel nos exhorta a comuni-

---

<sup>46</sup> Tomado de [https://mercaba.org/Biblia/Comentada/profetis\\_joel.htm](https://mercaba.org/Biblia/Comentada/profetis_joel.htm); [https://es.wikipedia.org/wiki/Libro\\_de\\_Joel](https://es.wikipedia.org/wiki/Libro_de_Joel) / Consulta: 05.11.2020.

<sup>47</sup> Disponible en vídeo en la web: [https://tv.comillas.edu/media/Aula+Alonso+Sch%C3%B6kel+Conferencia+online+de+Enrique+Sanz+Gim%C3%A9nezRico%2C+SJA+%22La+oraci%C3%B3n+de+petici%C3%B3n+en+el+libro+de+Joel%22+15+10+2020/1\\_2bd4v4ub](https://tv.comillas.edu/media/Aula+Alonso+Sch%C3%B6kel+Conferencia+online+de+Enrique+Sanz+Gim%C3%A9nezRico%2C+SJA+%22La+oraci%C3%B3n+de+petici%C3%B3n+en+el+libro+de+Joel%22+15+10+2020/1_2bd4v4ub) / Consulta: 05.11.2020.

carnos con Dios, mostrándole las debilidades, pidiéndole perdón (Joel 2,17) y rogándole su ayuda divina. ¡Bien nos vendría llevarlo a cabo en estos tiempos pandémicos!

Conclusión final: *siempre ha de brillar la luz de la esperanza*. Los diagnósticos de las situaciones son importantes, pero no son irremediablemente definitivos. No tienen la última palabra. Hemos visto en este artículo cómo no son pocas las voces autorizadas que nos invitan a rasgar los cielos oscuros para alcanzar la luz que se esconde detrás y por encima de los nubarrones. Es importante, eso sí, recordar y no olvidar las lecciones aprendidas a lo largo de estos años duros, que ya se van serenando con dosis de un mayor optimismo. Y ya para terminar, ahora en pandemia y siempre, admitamos que la solución duradera para los problemas humanos posee un solo cimiento sobre el que construir todo lo demás: Dios. Él es el primero y lo primero.

P. MANUEL SÁNCHEZ TAPIA, OSA

